Gerardo nació –por obra de los incontables juegos del azar- donde debía: en el Buenos Aires del tranvía –que aún aborda en sueños- pero sobre todo en el Bs As del tango, esa poética de finta y disimulos; son sus compases mestizos los que le siguen dando un espacio de hibridez desde donde crece vigorosa la marca de una filosa fatalidad en su lírica militante. Y volvió a nacer, en el 86, al llegar a Neuquén, ¿quién puede decir que no es así? Venía con él, su familia: María, Juan, Ana y luego, Julia; y el corazón de sus otras criaturas: lo acompañaban (o más bien, lo impulsaban): sus Poemas iniciales (del 71); los 18 poemas azules para María y Con la esperanza delante (del 81); Los juegos ocultos (1985). Y le esperaban aquí un Infierno sin umbral, Aire de penumbras y Radiofotos (1988, 1995 y 2004).. En 2007 le llegaría el turno a su "Obra junta" y las plaquetas: "4 sonetos" (1994), "Elegía clara" (1999), "Voces cerca del cristo verde" (2000), "Corazón perdido" (poema afiche, 2002), nunca un bolero (2007), endecha (2009), "Nube nueve" y "Linda y fatal" (2013). Con tamaña producción, la poesía de Gerardo desmiente el mito de que nada crece en el desierto.

Al llegar a Patagonia, la primera sonrisa es la del viento, se relame ante las posibilidades de un nuevo y húmedo ojo abierto. Ante el viento, el viajero no renace sino que nace, aunque la resistencia y el disgusto y el extrañamiento se vuelvan figuritas que intercambiamos, frente al ventanal por donde desfilan marciales los cardos, las bolsas plásticas liberadas, los sueños hechos papel, desechables.

Llegar al viento, achica los ojos y abre otra mirada. Casi lo primero que hizo aquí Gerardo fue embeberse en esa poesía de cardo y barda. Aún anda en ello, según parece.

¿Cuántas veces se nace en una sola y misma vida? Aquí su verso se hizo real... el momento es infinito. Miren, ¡aún dura! En el viaje, se reinventa sin olvidar. Trajo su "miedo a morir en el ancho río", a la somnolencia engañosa del desierto. Sus poemas fueron azules hasta que llegó el amarillo sedoso de la siempre lejanía ¿Y el cuerpo? ¿Y las sombras confabuladas al borde del alba? siempre el alba, ¿eh amigo? La lluvia ahora es pregunta en el poema, nunca más certeza. Aparecieron sí "la mirada desvelada en el aire", "lo inmenso" y frente a todo "la pobreza permanente de la palabra".

Mientras, los años pasan y no hay agua que sostenga, ni raíz. Pasa el “pájaro que atraviesa el aire suspendido". Y el poema, que se apresta a recorrer el camino de tilos hacia el sol, treinta mil veces deja huella, treinta mil veces grita, treinta mil veces el poema se hace carne y se entrega a las bocas abiertas, sediento para siempre.

*Este texto pertenece Macky Corbalán y es la presentación de Tranvía 4 de Gerardo Burton realizada el 24 de agosto de 2013 en el Museo Gregorio Álvarez, Neuquén.

Texto cedido por su autora, por correo personal del 05 de diciembre de 2013 a Silvia Mellado.